

# Sobre Unamuno en Italia

Escribir de Ortega en Italia, como hice en el número de esta revista dedicada a él<sup>1</sup>, era ocuparse de un tema poco tratado hasta hace pocos años. Las relaciones personales de Ortega con Italia fueron bastante marginales; si la presencia de Ortega, es decir de su obra, en Italia llegó a ser importante, esto se debe a razones sustancialmente ajenas a la vida de Ortega: se comprende que dicha presencia no haya sido objeto de una visión de conjunto, antes de mi escrito. Completamente diferente es el caso de Unamuno, que tuvo desde su juventud una relación personal intensísima con Italia y los italianos. Unamuno viajó poco al extranjero; pero visitó Italia por primera vez en 1889, y volvió a ella, invitado por las autoridades italianas a visitar el frente de combate, en septiembre de 1917<sup>2</sup>. No es exagerado decir que Unamuno fue el primer autor español moderno que llegó a tener una vigencia importante en el ambiente cultural italiano, ya antes de la guerra, cuando la literatura española moderna era en Italia poco y sólo ocasionalmente conocida<sup>3</sup>. La recuperación neoespiritualista de comienzos de siglo encontró una natural afinidad en los escritos de Unamuno. Con Papini y *La voce* Unamuno entró de lleno, primero entre los escritores españoles de la época, en la cultura italiana. Y su presencia no era, como sucedía a menudo con los escritores extranjeros de la época, el reflejo de una presencia en París. Se trataba de una relación directa, de península a península, síntoma éste de dos culturas que empezaban a desprovincializarse.

La relación con Papini y su grupo no fue un hecho aislado; Unamuno tuvo contactos también con *Il rinnovamento* de Milán; en pocos años, sus corresponsales italianos, o aspirantes a serlo, se multiplicaron. En 1913 Gilberto Beccari publicó la traducción italiana de la *Vida de Don Quijote y Sancho*, y muy pronto otras obras, tanto que traducir a Unamuno llegó a ser para él poco menos que una profesión. Croce tuvo contactos con Unamuno, que se ocupó de la traducción de su *Estética*. Muy pronto se notaron analogías entre Unamuno y Pirandello, y con los decenios el tema de las relaciones entre los dos llegó a ser uno de los predilectos en el ámbito de los estudios sobre relaciones literarias italo-españolas de este siglo. Por fin se intentaron panoramas sobre la presencia de Unamuno en Italia.<sup>4</sup>

<sup>1</sup> Ortega en Italia, en Cuadernos hispanoamericanos, enero-marzo 1984, 445-446. Análogas consideraciones se pueden hacer a propósito de mi escrito Valle-Inclán en Italia, en Homenaje a Valle-Inclán, Roma, 8 nov. 1985, Atti, Università de Perugia, 1986, 27-45.

<sup>2</sup> Sobre los dos viajes de Unamuno a Italia da amplios pormenores González Martín en la obra de que hablaremos, 15-47 y 345-348.

<sup>3</sup> Véase la sección titulada 1868-1936, por mí redactada, del número monográfico sobre el Hispanismo Italiano publicado por Arbor, revista general del C.S.I.C., 1986, ag. sept.

<sup>4</sup> El primero se debe a Giuseppe Bellini, Unamuno en Italia, en Asomante, oct.-dic. 1961, 90-96, que se puede aún leer con provecho.

Todo esto explica que aquí renuncie a dar un panorama análogo al contenido en mi citado escrito sobre Ortega. Más bien intentaré un «metapanorama», es decir hablaré de los más recientes y comprometidos entre los estudios que tratan de la presencia de la obra de Unamuno en Italia.

Empezaré ocupándome de una obra que se remonta a 1968, y que por lo tanto parece no encajar en el programa que acabo de anunciar. Hablo sin embargo de ella por distintas razones: porque me parece un episodio muy importante de la recepción directa de la obra unamunina, acaso el más importante en las últimas décadas; porque se refiere a un aspecto de la obra unamuniana durante muchos años poco conocido (también porque se trató de una actividad algo tardía del autor, la lírica); porque contiene una bibliografía que, a pesar de los años que han pasado, me parece particularmente valiosa, y no sólo por lo que se refiere a las relaciones entre Unamuno e Italia. Se trata de *Poesie di Miguel de Unamuno*, a cargo de Roberto Paoli<sup>5</sup>.

El libro de Paoli se coloca en el marco de la predilección del ambiente literario italiano por la lírica española contemporánea, que se había dirigido esencialmente a la llamada generación de 1927, pero ya con Bo y Macrì había llegado a la valorización no sólo de Antonio Machado, sino de la lírica de Unamuno, de carácter profundamente diferente. La obra se presenta como una antología de la lírica de Unamuno, y sin duda ya la labor de antologizar una producción poco menos que inabarcable (el *Cancionero* es un diario poético, escrito entre 1928 y la muerte, que recoge 1755 composiciones) tiene su importancia en los estudios unamunianos en general, especialmente si tenemos en cuenta el comentario. Pero, sobre todo, al frente de la antología viene un estudio muy articulado de la poética y de la poesía de Unamuno, que revela una mente reflexiva y un compromiso profundo y sazonado. Para Unamuno, observa Paoli<sup>6</sup>, cualquier verso que tiene escrito es un momento de su vida, que de ninguna manera quisiera perder: la suya es una poética de la espontaneidad, de la indulgencia para sus versos-hijos. La poesía no exige construcción, como al contrario la novela o el drama; precisamente por esto, por ser la expresión inmediata en que aparece el hombre como hombre, más que como artista, la poesía es el género predilecto de Unamuno. Si revisa sus textos, en general es para ampliar, no para eliminar: todo lo contrario de la «depuración de los mismos». Una excepción es *El Cristo de Velázquez*, con mucho la más elaborada de las obras en verso de Unamuno. Este, admirador de José Martí, se contrapone en las *Poesías* (1907) al modernismo estetizante: hay en él una opción en favor de la ética contra la estética; sin embargo, la contraposición no excluye la relación: determinadas líricas unamunianas se comprenderían difícilmente fuera de la experiencia simbolista y su respueta hispánica, el modernismo<sup>7</sup>.

Paoli tiene observaciones sugestivas sobre la versificación, y afirma que ciertas disonancias, que fueron consideradas defectos por un gusto preceptista, no lo son, sino que son estilo: alude específicamente a *De Fuerteventura a París*.<sup>8</sup> Unamuno toma parte,

<sup>5</sup> Florencia, Vallecchi, 1968, págs. CXI-457.

<sup>6</sup> *Obra cit.*, XI, ss.

<sup>7</sup> *Obra cit.*, XXXIX-XXL.

<sup>8</sup> *Obra cit.*, LI-LII.

a su manera, en la tendencia a la revalorización del barroco; pero Quevedo llega a ser «el antigónora de su elección»<sup>9</sup>. En resumidas cuentas, el amor de Paoli por la poesía de Unamuno es un amor difícil, que debe superar reservas fundamentales, incluso de carácter político. En Unamuno prevalece la «lengua del no», un desconcertante anticonformismo que lo lleva a la oposición indiscriminada, a un ansia de absoluto que no le permite comprensión por las fatales imperfecciones del juego político. El suyo es un «no prometeico», resistencia a la razón. Su ansia de vivir, como le lleva a la «biblifagia» (alimentarse de libros, para seguir viviendo), le lleva a la «teofagia»: el sacramento de la eucaristía, sobre el cual está construido *El Cristo de Velázquez*, es para Unamuno expresión del ansia de comer a Dios para no morir<sup>10</sup>.

Dentro de esta visión de la personalidad y la poesía de Unamuno coloca Paoli la presencia de la literatura italiana en la obra de Unamuno, motivada por razones profundamente personales. La presencia de Carducci se confunde en él con la de Dante. Para la cultura extranjera, en general, la civilización italiana es sobre todo Renacimiento, y la lección que se le reconoce es sobre todo la lección estética; para Unamuno, al contrario, cuenta más bien la línea Dante-Leopardi-Mazzini-De Sanctis-Carducci, es decir una línea ética y civil, la del «Risorgimento»<sup>11</sup>.

Cierra el tomo de Paoli una *Rassegna bibliografica* acertadamente articulada y medidamente enriquecida, cuando parece oportuno, por rápidas, pero orientadoras e incisivas caracterizaciones. Acaso intencional, de todas formas sintomática, es la escasez de indicaciones sobre la actuación política de Unamuno y sobre su pensamiento político (que implica, a mi manera de ver, graves responsabilidades<sup>12</sup>, tanto que puede uno preguntarse si ha sido predominantemente positiva o negativa la presencia de Unamuno en la vida pública española). La sección sobre «Religiosità, teología, filosofía» distribuye las citas bibliográficas en función de las interpretaciones que los muchos críticos tomaron frente al tema: ¿era Unamuno un descreído sin más, un ateo? ¿O era modernista, o un precursor de un existencialismo cristiano, o un católico más o menos extraviado? Obviamente cuidado es la bibliografía sobre la poesía, en que se coloca con atención a Bo y a Macrì. Pero también las secciones sobre narrativa, sobre teatro, sobre ensayo demuestran el dominio del mundo unamuniano en su conjunto por parte de Paoli. Específicamente nos interesa, en esta sede, la sección que se refiere a las relaciones de Unamuno con las distintas culturas nacionales: Francia, Alemania, Inglaterra, Hispanoamérica, Italia, Literaturas clásicas, Portugal, Estados Unidos, y obviamente España. En efecto, hay que tener en cuenta las relaciones con las demás naciones, si queremos comprender el carácter de la relación con cada una. Naturalmente, la sección referente a Italia ha sido aprovechada por los bibliógrafos posteriores, y sin embargo se debe leer todavía porque, como de costumbre, Paoli no se limita a realizar una lista,

<sup>9</sup> *Obra cit.*, LIV-LVII.

<sup>10</sup> *Obra cit.*, especialmente LXXXI-LXXXII.

<sup>11</sup> *Obra cit.*, LXII.

<sup>12</sup> Véase sobre todo la colección de artículos publicados de 1931 a 1936, recogidos por Vicente González Martín bajo el título *República española y España republicana*, Salamanca, Almar, 1979, págs. 451. Preciso mi punto de vista en mi reseña a este libro en *Rassegna iberistica*, 6, dic. 1979, 68-73.

sino que agrupa los escritos citados esbozando discretamente la historia de los estudios sobre determinados temas (por ejemplo, las relaciones Unamuno-Pirandello).

No se refieren, teóricamente, a la presencia de Unamuno en Italia, los más de los escritos recogidos por Gaetano Foresta en el tomo *Unamuno e la letteratura italiana*<sup>13</sup>; cuando se ocupa de los clásicos de la literatura italiana, Unamuno es más bien receptor, y sus reacciones pertenecen a la dirección opuesta de las relaciones entre las dos naciones o lenguas. Pero la distinción, aunque legítima, debe ser tomada con prudencia en cualquier caso, y más, naturalmente, tratándose de una personalidad tan acentuadamente incline a personalizar cualquier experiencia y a llevarla a la vida de relación como era Unamuno. Si examinamos las cartas de sus corresponsales italianos, vemos que éstos conocían y tenían en cuenta las reacciones de Unamuno a los autores aún cronológicamente remotos de nuestra literatura: obvio a este propósito el recuerdo de Dante. Tratándose de contemporáneos, y de contemporáneos con que Unamuno tuvo contactos personales documentados en el Archivo de Salamanca, la incidencia de la relación en la presencia de Unamuno en Italia es aún más clara. El libro de Foresta, que ya se había ocupado de Unamuno «interventista»<sup>14</sup>, y de las relaciones con Giovanni Boine<sup>15</sup>, incluye dos escritos sobre las relaciones respectivamente con el pintor-poeta Ardengo Soffici y con Giovanni Amendola. Papini, Soffici, Amendola: nombres relacionados todos con *La voce* y el clima más o menos neoespiritualista. Amendola se ocupó de los místicos españoles<sup>16</sup>, y no hay quien no vea una relación de tal interés con Unamuno. Fue intervencionista y sacó las consecuencias de esta actitud alistándose como voluntario en la guerra, después de fundar los *Gruppi nazional-liberali*. Fue ministro en el último ministerio anterior al fascismo, y exilado político después del golpe fascista; murió en Cannes en 1926<sup>17</sup>. Al contrario, Soffici, intervencionista, autor de un personaje, *Lemmonio Boreo*, que un crítico de la categoría de Emilio Cecchi comparó a Quijote<sup>18</sup>, fue fascista. Ambos tuvieron relaciones con Giuseppe Prezzolini, que, nacido, como Amendola, en 1882, murió centenario en el 1982: director de *La voce*, nacionalista, intervencionista, durante el fascismo profesor en New York, pero tendencialmente conservador, también escribió algo sobre Unamuno<sup>19</sup>. Todo esto demuestra la intrínseca ambivalencia de la presencia espiritualista, activista, irracionalista de Unamuno en Italia. El inter-

<sup>13</sup> Roma, ed. «Dialoghi», 1974, págs. 169.

<sup>14</sup> Unamuno interventista, en Nuova antologia, sett. 1973, 71-90. *Contra las excesivas simplificaciones unamunianas, Croce defendió la cultura alemana.* Cf. 81.

<sup>15</sup> Boine e Unamuno: un carteggio inedito (1906-1908), en Annali di Ca' Foscari, 1974, 1, 65-112.

<sup>16</sup> *Sobre Amendola y los místicos españoles cf. mis apuntes titulados Storia della relazioni letterarie tra Italia e Spagna: Parte IV, Venecia, Libreria Universitaria, 1963, 65-69.*

<sup>17</sup> Cf. Enciclopedia italiana, ad vocem. Meir MICHAELIS, Amendola interprete del fenomeno fascista, en Nuova antologia, apr.-giu. 1986, 180-209: «in principio, né i seguaci né i fiancheggiatori del fascismo si erano resi conto dell'essenza del movimento che appoggiavano» (182). *Aún en 1924 Amendola declaraba que la guerra había representado «il nostro risorgimento più vero e maggiore»: cf. Giuseppe Prezzolini, Amendola e La Voce, 9. Sin embargo, ya en 1911 Amendola afirmaba que la voluntad «non consiste affatto nell'impeto con il quale l'uomo si getta contro gli ostacoli, bensì nella sua capacità di dominarsi, di concentrarsi, di non cedere»: cf. Amendola e La Voce, 14. De todas formas, Amendola pedía «uno Stato autorevole e forte» (22).*

<sup>18</sup> Cf. su artículo Soffici en la Enciclopedia Italiana.

<sup>19</sup> En Uomini 22 e città 3, Florencia 1920.

vencionismo de Unamuno y de sus amigos de *La voce* anticipaba algo o mucho del confuso activismo que desembocó muchas veces en un abierto filofascismo, pero a veces llevó al antifascismo. La ambigüedad de la actitud política de Unamuno queda iluminada por sus relaciones italianas.

Una más panorámica reseña de la recepción italiana de Unamuno, privilegiando la recepción del ensayismo, nos dio más tarde Gaetano Foresta en su *Il chisciottismo di Unamuno in Italia*<sup>20</sup>, realizando una labor sistemática de comparación entre la documentación abundante que ha encontrado en el Archivo de Salamanca y las publicaciones aparecidas en forma de libro o de artículo en Italia. Resulta evidente de los documentos de Salamanca que Unamuno influyó en el espíritu de algunos combatientes<sup>21</sup>. No menos intensa fue su presencia en los años inmediatos después de la guerra. Acaso la persona que más se ocupó de Unamuno, en Italia, en la primera mitad de los años veinte, fue Adriano Tilgher, que llegó a organizar en Roma una representación de *La Esfinge*<sup>22</sup>, aunque no era hombre de teatro. Tilgher, que tenía cierto prestigio en Italia, un prestigio tendencialmente de signo anticrociano, destacaba en Unamuno el misticismo de la acción, el desprecio por el mundo utilitario y por la sabiduría al uso. Son elementos que volvemos a encontrar en Luigi Valli, autor de un ensayo cuyo título es indicativo: *Unamuno e la morale eroica*<sup>24</sup>: Valli fue uno de los más característicos militantes del movimiento nacionalista, que luego confluyó en el fascismo<sup>25</sup>. La presencia de Unamuno en la cultura italiana de aquellos años contribuyó sin duda al sentimiento de insatisfacción e inquietud (que tenía en algunos, o incluso en muchos, matices de generosidad y disposición al sacrificio), que favoreció el movimiento fascista. Para nosotros, que juzgamos sabiendo qué ha sucedido después, es fácil deplorar esta influencia; pero los peligros no resultaban entonces tan evidentes, y por lo demás no hay movimiento que no comporte ambigüedades.

De la documentación de Foresta me parece deducible una contracción del interés por la personalidad de Unamuno en los últimos años veinte y en los treinta, a pesar de que precisamente en aquella época las clamorosas actitudes políticas del personaje le dieron mayor resonancia internacional. Acaso haya contribuido a esto la presencia en Italia de un fuerte neoidealismo, de signo intelectual y hasta temperamental muy diferente al de Unamuno. Bastante sintomático es el tono de uno de los pocos escritos de aquellos años dedicado a Unamuno, el del sacerdote católico Giuseppe De Luca, que sería más tarde uno de los más conocidos representantes de la cultura católica. A propósito de *La agonía del Cristianismo*, De Luca demuestra un evidente despego, habla de la obra de una manera «polémicamente casuística», según nota, con deploración, Foresta: «accusa addirittura di leggerezza Unamuno»<sup>26</sup>. Acaso muchos se daban cuenta de que los

<sup>20</sup> Cf. Foresta *Il Chisciottismo*, 93 ss.

<sup>21</sup> *Ibid.*, 159.

<sup>22</sup> Cf. especialmente su prefacio a la traducción de Piero Pillepich de algunos ensayos de Unamuno, publicados bajo el título *La sfinge senza Edipo*, Milán, Corbaccio, 1925: libro que cito no sin emoción, puesto que lo adquirí y leí en 1938.

<sup>24</sup> Cf. Foresta. *Il Chisciottismo*, 163.

<sup>25</sup> *Sobre la Associazione nazionalista italiana* cf. *Nazionalismo*, en la *Enciclopedia italiana*.

<sup>26</sup> Cf. Foresta, *Il Chisciottismo*, 173.

acontecimientos demostraban la exigencia de una más responsable vigilancia sobre la espontaneidad; pero Unamuno no era uno de ellos. Mucho más tarde, en 1946, Carlo Bo afirmó que «Unamuno, pur così avvertito dell'opportunità della guerra per la vita dello spirito, non si accorge di cedere costantemente all'urgenza sentimentale del proprio discorso»<sup>27</sup>.

Se publicó antes del libro de Foresta sobre *Il chisciottismo*, pero no tanto que Foresta pudiese tenerlo en cuenta, *La cultura italiana en Miguel de Unamuno* de Vicente González Martín<sup>28</sup>, que, aunque se ocupa, como el libro de Foresta *Unamuno e la letteratura italiana*, de la dirección opuesta, es importante también por lo que se refiere a la presencia de Unamuno en Italia. Estudia sistemáticamente, organizando el material en función de las épocas en que vivieron los autores italianos, la relación entre Unamuno y éstos, lo cual tiene una lógica y una utilidad, pero sacrifica necesariamente la diacronía de la relación. Unamuno fue atraído sucesivamente por determinados autores, por ejemplo su relación con Leopardi fue predominantemente juvenil; desde el punto de vista de los estudios unamunianos hubiera sido particularmente importante poner de relieve el desarrollo. El libro sistematiza y cataloga en sus últimos dos capítulos las relaciones, intelectuales y no, entre Unamuno y los italianos de su tiempo. González Martín conoce muy bien el epistolario y lo aprovecha, revelando aspectos poco conocidos de las relaciones de Unamuno. Por ejemplo, se conoce la importancia histórica de su relación con Papini, pero sus cartas a Beccari revelan que, a pesar de ella, lo juzgó «hombre con quien no acaba de congeniar. Hay en él demasiado de ligero y petulante»<sup>29</sup>. Acaso, observa González Martín, haya sido influido «por las constantes quejas que Beccari le hace de Papini». Con ocasión de su muerte, Papini reconoció sus méritos de defensor de la primacía de lo espiritual, afirmando sin embargo que «era troppo individualista per inserirsi cordialmente nel suo popolo, troppo intellettuale per sedurre il cuore dei semplici»<sup>30</sup>.

El de las relaciones entre Unamuno y Papini es un ejemplo de la contribución que el libro de González Martín da aun en los casos de relaciones muy conocidas y estudiadas. También importante es la contribución a propósito de Tilgher y la reconstrucción del paralelo Unamuno-Pirandello, incluyendo las observaciones de las diferencias entre los dos<sup>31</sup>.

El conocimiento minucioso que González Martín tiene de la biblioteca de Unamuno le permite estudiar los libros italianos presentes, con sus apuntes y subrayados: evidentemente Unamuno conocía a muchos italianos, que no llegaron a ser sus corresponsales, pero le obsequiaban con sus publicaciones: a menudo las hojeaba.

Obviamente profundizada en el libro es la relación con el «hispanista italiano» Benedetto Croce. En realidad hubo «relaciones distantes y, hasta cierto punto, altivas»<sup>32</sup> de

<sup>27</sup> *Ibid.*, 179.

<sup>28</sup> *Salamanca, Ediciones Universidad, 1978, págs. 362.*

<sup>29</sup> *González Martín, La cultura italiana, 227.*

<sup>30</sup> *Ibid.*, 230.

<sup>31</sup> *Ibid.*, 245-262.

<sup>32</sup> *Ibid.*, 279.

parte de Croce. Libros como la *Vida de Don Quijote y Sancho*, escribirá Croce en 1948, son insoportables<sup>33</sup>. Con razón afirma González Martín que media una «enorme diferencia» entre Croce, espíritu metódico y ordenado hasta el extremo, y Unamuno, escritor «a lo que salga y cuando salga»<sup>34</sup>.

Farinelli también tuvo una relación larga y ambigua con Unamuno. Como en otros, en este caso el estudio de González Martín y el Foresta se demuestran complementarios, Foresta conoce mejor la obra de Farinelli y coloca mejor su persona en el contexto italiano (González Martín revela cierta desorientación al hablar de Farinelli como «florentino»<sup>35</sup>); por su lado el español tiene un conocimiento más minucioso del archivo de Unamuno.

A comienzos de 1917 éste había escrito de los tomos *La vita è un sogno* de Farinelli en *La nación* de una manera sustancialmente positiva<sup>36</sup>; luego Farinelli notó que Unamuno no contestaba sus cartas<sup>37</sup>. Ahora González individúa cómo y cuándo Unamuno cambió de opinión sobre él. En 1919, escribiendo a un corresponsal, afirma que «no hay quién pueda leer eso» añadiendo que en 1917, cuando había ido a Italia, le habían hablado de Farinelli: «Se le compadece. Se cree víctima de conjuraciones de silencio y cosas así y es que no le leen, que no le pueden leer»<sup>38</sup>. (Personalmente tengo que decir que, interesadísimo en lo que se refiere o puede referirse a Calderón, calderonista por razones que tienen históricamente que ver con Farinelli, nunca he llegado a acabar los dos tomos sobre el tema de la vida como sueño, ni creo que sirvan mucho para comprender la obra calderoniana). Pero el episodio, que parece revelar cierta superficialidad y oportunismo en el comportamiento de Unamuno, resulta excepcional: observa González Martín: «es la única vez que he logrado descubrir en él una doble cara en sus relaciones con un escritor italiano»<sup>39</sup>.

En 1985 salió un libro apasionado, que se reanuda al primer unamunismo, de Papini y socios: *Unamuno e la visione chisciottesca del mondo*, de Gualtiero Cangiotti<sup>40</sup>. Nos sirve específicamente, para nuestro objeto, la amplia *bibliografía essenziale*. Como la bibliografía anual de la *Modern Language Association*, nos asegura que nada esencial se ha publicado en los últimos años. La traducción de *Romanzi e drammi*, algunos de ellos nunca aparecidos en Italia, de parte de Flaviarosa Rossini<sup>41</sup> no parece haber llamado la atención sobre estos aspectos (el primero sin duda fundamental) de la produc-

<sup>33</sup> *Ibid.*, 279, n. 36.

<sup>34</sup> *Ibid.*, 274, n. 23.

<sup>35</sup> *Ibid.*, 283.

<sup>36</sup> Cf. *ibid.*, 285.

<sup>37</sup> Cf. Foresta, *Il chisciottismo*, 147-148.

<sup>38</sup> Cf. González Martín, 285.

<sup>39</sup> *Ibid.*, 286.

<sup>40</sup> Milán, Marzorati, 1985, págs. 225; véase mi reseña en *Rassegna iberistica*, 25, abril 1986.

<sup>41</sup> Roma, Casini, 1955. *Entre las obras traducidas por primera vez figura una de las más características de Unamuno*: San Manuel Bueno, mártir.

ción unamuniana; la tempestiva traducción del *Diario íntimo*<sup>42</sup> ha quedado un episodio aislado de atención. Una reimpresión de 1983 de la traducción de Antonio Gasparetti de la *Vida de Don Quijote* parece decirnos que la obra que más interesa a los italianos sigue siendo la primera traducida, hace más de setenta años. Nada encontramos en la cultura italiana de hoy que se acerque al impetuoso interés, extendido a obras hasta hace pocos años desconocidas, que caracteriza la recentísima recepción de la obra de Ortega<sup>43</sup>.

**Franco Meregalli**

<sup>42</sup> *Diario íntimo*, a cura di V. Passeri Pignoni, Bologna, Patron, 1974.

<sup>43</sup> A la misma conclusión era posible llegar en 1974 examinando el apreciable librito de conjunto *Unamuno de Gaetano Foresta*, Milán, Academia, págs. 189.